Crónica sobre el huracán Andrew
Por: Manolo Campa

La noticia de la proximidad del huracán me cogió desprevenido. Busqué las linternas y solamente encontré una, sin baterías. En las tiendas no quedaban "pilas" y me conformé con un paquete de velas, de las que se ponen en la Corona de Adviento.

Siguiendo instrucciones fui a comprar alimentos que no necesitaran refrigeración. Esta vez no fui criticado por los víveres que compré. Había una sola alternativa de última hora: Echarle mano a lo que quedaba… y eso hice.

Mi hijo mayor, su esposa y mi nieto más pequeño, dejaron su apartamento y se refugiaron en mi casa. "Les di *mi* cuarto", me informó mi mujer. Lo encontré acertado pues allí tendrían más comodidad… pero no me gustó que se refiriese a "nuestro cuarto" como si fuese propiedad exclusiva de ella.

Mis dos hijos, con mi ayuda, y a pesar de ella, en media hora colocaron todas las tablas y trancas conque reforzamos las puertas y ventanas.

Sabiamente, para que no dejara tuercas sin apretar o poner, me asignaron otra cosa: Colocar dentro de la casa, a buen resguardo, todas las plantas de mi esposa. Como era lógico, en las plantas había ranitas y lagartijas que tuve que perseguir, capturar y devolver al patio.

Las estaciones de televisión desde sus pantallas, y mi consuegra por teléfono, nos informaban y alarmaban con las noticias sobre la potencia y la proximidad del ciclón. La alerta funcionó: Nos preparamos a tiempo.

A las cinco de la mañana del lunes 24 de agosto (1992) comenzó a "ponerse la cosa fea".

Recuerdo el rugir del viento y el golpe de las tejas al desprenderse del techo. Por las uniones machimbradas de la puerta de la calle, el agua era impulsada hacia dentro por la fuerza del aire. La tranca, experiencia de ciclones anteriores sufridos en Cuba, no permitió que las dos alas de la puerta cedieran. ¡La presión que soportó fue tremenda!

Cuando nos quedamos sin electricidad mis riñones empezaron a funcionar con inusitada frecuencia, directamente relacionada con emociones que se transformaban de preocupación en inquietud, y de ésta en temor.

Todos los parapetos y trancas que protegían mi casa no lograban darme tranquilidad ante la ansiedad que me causaba la inclemencia de los

elementos. Cuando más “arratonado” (asustado) estaba me vino a la mente la frase que dice: “nunca es más hombre, un hombre, que cuando cae de rodillas y reza”.

Busqué mi rosario. Lo encontré. Estaba allí… dentro de su bolsita empolvada. El polvo me dio coriza y también remordimiento al sentirme parte de los que “le rezan a Santa Bárbara, cuando truena”.

Mi mujer, tranquila oraba solitaria en la sala. Me uní a ella y fui capeando la tormenta y los temores a fuerza de Padre Nuestros y Ave Marías.

Cuando se calmaron definitivamente los vientos salí a pasar revista de los destrozos. En el patio, sobre la cerca descansaba, mortalmente desraizada, la mata de toronjas.

El ciclón se llevó las matas de limones de mi vecino del lado oeste que daban sombra a la terraza de mi casa. Ahora nos castiga el sol y no tenemos aquellos jugosos limones sin semilla que caían en nuestro patio.

Mis daños fueron pocos, pero la calle estaba intransitable por las ramas y los árboles caídos… hasta que los vecinos más jóvenes, a machetazos y en camaradería, fueron abriendo el paso.

Queriendo ayudar, saqué mi machete, el rastrillo y la pala, todos oxidados… y los años y la ociosidad se hicieron sentir en mi brazo y espalda, también oxidados. Tuve que abandonar esta empresa…

Busqué una actividad más de acuerdo con mi musculatura: sobre una carretilla destartalada me dediqué a llevar ramas pequeñas hacia el frente de la casa con resultados poco halagadores a mis esfuerzos bajo el sol: me picaron las hormigas; me arañaron las espinas de los gajos de las matas de limones y toronjas; me intimidaron las abejas; el sol me enrojeció la piel… la nariz se me puso roja como las de los payasos.

Los mencionados contratiempos me impulsaron a buscar una labor menos riesgosa, bajo techo, aunque tuviese que someterme a las rigurosas órdenes matriarcales de mi mujer.

A la caída de la tarde del martes regresó la electricidad. El teléfono también funcionaba. Hice un pase de lista telefónico por las casas de los parientes. Muchas de sus casas estaban sin electricidad. Les ofrecí la mía… y nuestra casa se convirtió en un refugio de los que temían al calor y a que los alimento se les echaran a perder en sus refrigeradores sin frío.

La parentela fue llegando con sus críos, sus pomos de leche, sus bolsas de pañales desechables… y con el cansancio y el agradecimiento reflejados en el rostro.

Teniendo electricidad pudimos ver por la televisión el horror de los destrozos causados por el viento huracanado. Los curtidos reporteros narraban lo que iban viendo con lágrimas en los ojos y conteniendo la emoción que les entrecortaba la voz.

También mis ojos se humedecieron. Sentí una gran pena al pensar en las personas que estaban en las zonas más afectadas… en mis amigos. Aprecié mucho las llamadas de los que se interesaban por nosotros y nos dejaban saber cómo estaban ellos.

Dada la tensión de aquellos momentos, el apuro y la confusión con que las mamás de cuatro bebitos trajinaban, los pañales “premiados” quedaban olvidados sobre y debajo de las camas y otros muebles.

Para remediar aquellos inevitables olvidos, se me asignó la vital función de estar al tanto de todos los “cambios”, y depositar en el recipiente para la basura, las antes mencionadas “desechables” prendas infantiles.

¡Al fin estaba desempeñando una labor de higiénica importancia, de acuerdo con mis aptitudes!